

EL COMUNISMO Y LOS CRISTIANOS

(EL PROBLEMA DE LOS MEDIOS)

Hay unanimidad entre los cristianos, desde el punto de vista doctrinario, en el deber inexcusable de combatir al comunismo.

Por desgracia, al descender de los principios a sus aplicaciones, el problema de los medios da lugar a profundas divisiones y errores.

El comunismo, en el claro sentir de la Iglesia, debe ser combatido de una manera al mismo tiempo positiva y negativa.

Sin embargo, hay sectores cristianos que, ensanchando la libertad que les ofrece el orden temporal, incurren en dos errores graves e igualmente perniciosos: el propiciar sólo un tipo de métodos, sean los negativos o sean los positivos.

No es del caso extenderse sobre la ineficaz acción de quienes combaten el marxismo sólo con medios negativos, sin oponerle, al mismo tiempo, una doctrina constructiva de justicia social. Es, por fortuna, un error aislado y sin mayores proyecciones. No ocurre lo mismo con la otra desviación.

La otra actitud extrema y no menos equivocada, ha logrado conquistar innumerables adeptos y ha llegado a encarnarse en un Partido Político, que aún amonestado por la Jerarquía Eclesiástica, sigue creyéndose el poseedor de una especie de monopolio del pensamiento social-cristiano en nuestro país.

Creer los que profesan este segundo error que al comunismo sólo se le debe combatir con la predicación del Evangelio y la implantación progresiva y constante de la doctrina social de la Iglesia.

Con un falso concepto de la democracia, que muy poco difiere del individualismo liberal, condenan fanáticamente toda medida represiva y toda restricción de aquellas libertades que el comunismo sólo utiliza para conspirar contra la democracia.

Estos cristianos de nuevo caño, que encuentran anticuadas las Encíclicas "Libertas" y "Divini Redemptoris", contribuyen sin quererlo a secundar los propósitos de la secta soviética.

Mientras ellos predicán ingenuamente la concordia evangélica, confundiendo la paciente misión del misionero o del apóstol con el ineludible deber de

defensa colectiva del gobernante y del político, los comunistas promueven huelgas en las minas, colocan bombas en las fábricas, descarrilan los trenes y asesinan a los obreros.

Mientras ellos trabajan laboriosamente por una unión fraterna de las conciencias, en un plano de progreso social, los comunistas, al amparo de las libertades, continúan luchando con la violencia, la mentira y el odio para incorporar a sus filas, siempre crecientes, nuevos prosélitos guiados por la desorientación o el terror.

Cuando al cabo de algunos lustros de predicación, en un ambiente de libertad y tolerancia, estos cristianos creen que ha llegado el momento de realizar sus ideales de reforma, el comunismo ya tiene suficiente fuerza para implantar, con sus sangrientos métodos, la tiranía del proletariado. Y son entonces los mismos que defendían la tolerancia y la libertad, los primeros en caer víctimas de la barbarie bolchevique.

La verdadera lucha contra el comunismo debe desarrollarse mediante el uso combinado de medios positivos y negativos.

Es necesario predicar en todo momento y con todas nuestras fuerzas la verdad evangélica. Es indispensable atacar la raíz profunda de que se nutre el comunismo, mejorando las condiciones de vida de nuestro pueblo, implantando sin tardanza un auténtico orden de justicia cristiana.

Pero es igualmente imprescindible y urgente detener el avance del comunismo también por medios negativos, reprimiendo sus actividades subversivas, disolviendo sus organizaciones, cerrando sus locales, acallando las tribunas del parlamento, de la prensa y de la radio que difunden la nefasta doctrina.

Quienes sólo combaten por el triunfo de la verdad y del bien, sin luchar al mismo tiempo por impedir legítimamente la propagación del error y del mal, están fuera del espíritu de la Iglesia. Están contribuyendo, con inexplicable inconsciencia o criminal complicidad, al triunfo de los enemigos de la civilización.

Jorge Iván Hubner G